

—Puede usted comunicarse con quien le plazca y nombrar defensor.

Y hablando al secretario:

—Compañero, declararemos bien preso al señor Pavía.

15 de abril de 1895

---

## UN CANONIGO CUMPLIDO\*

---

**S**í yo fuera novelista ó me preciara de ello, cogería por los cabellos la oportunidad que se me brinda y pintaría á mi tío don Pablo González (q. d. D. g.) como la exhumación de una figura de edades pasadas, como un abate versallés perfumado y correcto, decidor de madrigales y amigo de bellas, sin que faltara cierto afán suyo innato que lo hiciera propender á alabar y echar de menos los minuetes y las pавanas, las *pompas* y los *tonistas* de su época. Describiría, como pa-

\* Los datos que contiene este escrito, los debo á mi respetable amigo, el sabio historiador don Agustín Rivera.

rece de rigor, la faz risueña y rubicunda de mi colateral, sus cabellos blancos y bien peinados, sus levitas de corte antiguo, sus relojes con múltiples sellos, y naturalmente no dejaría en el tintero la caña de Indias de puño áureo y la caja de polvos con amorcillos y ninfas á lo Wateau esmaltados en la tapa.

Pero si tal hiciera falsearía de la manera más descarada los datos de la Historia, temería escarnecer la verdad (por la cual murió Cristo, nuestro Bien) y hasta viviría un sí es no es alarmado por los cargos que me hiciera la sombra del difunto.

No, lo diré en descargo de mi conciencia; mi tío no tuvo jamás pujos de culto, ni de majo, ni de pulido; fué, austera y sencillamente, un hombre leído, despierto, de buen ingenio, gran conversacionista y dotado de una memoria tan feliz, que á cultivarla habría echado la zancadilla á los Mezzofantis y los Inaudis.

Para él, particularidades biográficas, fechas de acontecimientos públicos y domésticos, noticias de los libros que había leído, eran asuntos de coser y cantar.

Cuanto lo conocíamos lo interpelábamos para hacerle caer en un latín mal continuado, pero él con la misma precisión nos refería el conato de fusilamiento de Brambila y los amores del Gral. Inclán, que el año y día en que echó los dientes su primer hijo; la llegada del Dr. Antomarchi y su recepción en Guadalajara, que los por menores de la agonía de cualquier personaje obscuro en tiempo de no sé qué epidemia.

Era de vérselo cuando, alzando su chaqueta, dejando á un lado el bastón y limpiándose el sudor con el ancho *paliacate*, tomaba la palabra para referir cuentos de vivos y muertos; entonces era cosa de poner tablados para oirlo y no perder una palabra de su charla jugosa y agradable.

Una noche, puestos á conversar á la luz de la luna, en el ancho zaguán de la casona que ocupaba desde tiempo inmemorial, sentados en sendos *equipales* de cuero, oí de su boca lo siguiente, que traslado aquí con mi frase incolora y opaca, por no recordar los matices de la suya, delicados y llenos de intención.

ALFONSO A. ALFONSO

—En esta época—dijeron Pablo—no hay nada que llame la atención: los vestidos, las viandas, los sucesos mismos de la vida son monótonos, acompasados, sin gracia, sin interés, siempre los mismos. La libertad y la igualdad, que tanto cacarearon los liberales, han producido el resultado de convertir el mundo todo en un erial en que el cedro del Líbano ha cedido su puesto al hisopo miserable.

(Esto del erial no estoy seguro de que pertenezca á mi tío; pero, al fin, de algo me ha de servir hablar desde la trípode en que ahora oficio).

¡Qué diferencia, Manolito, qué diferencia de estos tiempos con los míos!

Entonces sí que había mozos ricos y guapos y bien educados y de arrestos.

A ver, contéstame, ¿has visto alguien que por lo decididor ó por lo rumboso ó por lo excéntrico se parezca á los hombres aquellos?

No los hay, no se ven ya, por más que los busques; y si no, dame figura como la de don José Domingo Cumplido, Doctor en Teología de esta Real y Pontificia Univer-

sidad, y hombre que por su buena crianza y por su amor á las fórmulas mereció ser llamado la nata de la cortesía y la flor de las bien criadas ceremonias.

Y aquí quisiera coger al pecador que con tan poco temor de Dios ha extendido la falsa creencia de que los apellidos son como antifrasis de las cualidades del individuo que los lleva, pues no ha habido quizás nada mejor aplicado que el patronímico de Cumplido á aquella lumbrera de la iglesia de esta Reina, Perla, Sultana ó Atenas de Occidente, que con todos esos moteles llaman á mi tierra los periódicos y papeles públicos.

¡Qué amor á las fórmulas el suyo, qué afán de contentar á todo el mundo, qué deseo de que nadie lo excediera en caravanas é inclinaciones de cabeza!

El marido de doña Rodríguez, aquel escudero á quien mató su buena crianza, era, junto de don José Domingo, un patán rústico y mal mirado.

Visita del señor capitular jamás pasaba de un cuarto de hora, hablaba por monosílabos y trataba á todo el mundo con una decorosa afabilidad que se apartaba á le-

guas de la grosera llaneza y se confundía con las usanzas ceremoniosas de las cortes de los Austrias, en que estaban previstos hasta los movimientos más ligeros de cabeza.

Tenía mi hombre un hermano que era la antítesis de aquel. Vestía á lo poeta, negligente y pintorescamente, solía reír y frecuentar el trato de las gentes y en algunas ocasiones hasta se permitía chanzonetas y bromas con los que lo rodeaban.

El señor Canónigo, á quien el cielo había concedido algo más que un mediano pasar, vestía siempre holgada hopalanda de seda, á guisa de sotana, y en la cabeza llevaba capelo y borla verdes, pues era doctor en Filosofía y Teología.

Era don José Domingo conservador á macho y martillo, discípulo de los Tirados y los Monteagudos, mientras su hermano, que picaba más alto en materias políticas, se inclinaba al liberalismo; si bien no defendía esa libertad clerofóbica y sesquipedal que ahora se estila.

Todas estas noticias vienen sólo para referirte que el señor Cumplido no abando-

naba, ni aun en el trato doméstico, aquella su tirantez distintiva.

Cuando don Juan Nepomuceno, el hermano que andaba metido en el ajo gubernamental, regía los destinos del Estado (como dicen los gacetilleros) ocupaba en el coche de su Señoría el lado derecho, mientras su pariente llevaba el izquierdo; al paso que cuando el seglar no se encontraba colocado en puesto tan señalado, pasaba á la siniestra de su ceremonioso deudo.

Recuerdo muy bien haber visto ese coche, un cupé forrado de azul y sembrado de estrellas plateadas; por lo cual, como en aquel tiempo muchos eclesiásticos y aun seglares ancianos acostumbran aplicar á los casos comunes de la vida textos de la Sagrada Escritura, (contra la prohibición expresa del Concilio de Trento) el Dr. Sierra, Rector de la Universidad, dijo al ver pasar al señor Cumplido: *stellato sedet solio*.

En una ocasión, presidía el canónigo unos ejercicios en el clerical, y mientras duraron las piadosas tareas nunca un corrigiendo se atrevió á alzar la voz sobre la de un cura, ni un criado sobre la de un ordenado

BIBLIOTECA ALEJANDRINA

*in sacris*, pues para reprimir tales demasías estaba allí el señor Cumplido.

Un día, mientras tomaban los ejercitantes su modesta colación, se sintió un terremoto que apenas ha tenido semejanza en esta tierra.

Todos, chicos y grandes, buenos y malos, se aprestaron á salir de aquel lugar que no reputaban seguro; pero allí estaba para impedirlo el director de las faenas espirituales, que colocándose en la puerta gritó con voz tonante: "Por categorías, señores, por categorías," y permitió abandonar el local primero á los curas, después á los ministros, luego á los ordenandos, tras ellos á los simples sopistas y al último á los criados.

Aquel gran cultivador de las fórmulas sociales tuvo el fin que cuadraba á un hombre de su calaña. Así como se reputa gloriosa la muerte del general que en el campo de combate exhala el último aliento, así debe juzgarse digno y honroso para un émulo del barón de Andilla perecer por las consecuencias de un cumplido.

En el Seminario se celebraba la clausura

de cada turno de filosofía con una fiesta á la par académica y religiosa.

El año de 1848 remataron su curso de artes el Lic. don Ignacio L. Vallarta, que obtuvo el primer lugar, el Lic. don Eme-terio Robles Gil, el Dr. don Antonio Arias, el Dr. don Germán Villalvazo y don Jesús González Ortega, el futuro vencedor de Calpulalpam, que fué el undécimo en categoría entre sus discípulos, por lo cual le tocó el grado de *primer rector*.

Como para corresponder á la fama de aquel curso, formado de jóvenes muy inteligentes y avispados que habían de ser después hombres eminentes en varias disciplinas, se designó para que llevara la voz al famoso padre Carmelita Fray Manuel de San Crisóstomo Nájera.

Dadas su facilidad de palabra, su portentosa erudición y su inteligencia privilegiada, el Padre Nájera encontró propicia la oportunidad aquella para pronunciar una oración que, por la riqueza de sus imágenes, por la galanura de su estilo y por la belleza de la dicción, dejó á todos boquiabiertos. Trataba, nada menos, ese discurso,

BIBLIOTECA ALEONSIANA

que de exponer todos los sistemas filosóficos que se han excogitado de los griegos acá para explicar lo inexplicable

Alguien, sin embargo, no celebró tan calurosamente aquella pieza oratoria, y fué el canónigo Cumplido, gastrónomo de fama, anciano habituado á un régimen severísimo y que en ese día no probó alimento hasta las dos de la tarde; resultado de lo cual fué una enfermedad que le cortó la vida en abril del año de gracia de 1849.

Pudo muy bien don José Domingo dejar de asistir á la fiesta.

¿Mas acaso iba á faltar sin aviso? Ni por pienso. ¿Iba á interrumpir la solemnidad por aquella exigencia de su estómago inurbano? No en sus días. ¿Iba, en fin, á salirse sin avisar á nadie? Primero hubieran sobrevenido todas las calamidades del mundo.

Por lo cual, y á falta de otro arbitrio, se resolvió á oír aquel sermón, que debe haberle sabido á rejalgar ya que más tarde le trajo la muerte.

20 de abril de 1895.

## PIRRONISMO

**L**OS que por broma y chunga llamaban *la perfecta casada*, á Enriqueta Valverde, no estaban tan lejos de lo cierto como parecería, tratándose de un mote que habían imaginado los íntimos y que ya empezaba á extenderse por el lugar.

Levantada antes del alba, empezaba sus tareas por lavar, jabonar, fregotear y escamondar la carne apretada y blanquísima de su hermoso cuerpo dentro del agua más fría, sucediendo á veces que á un tiempo mismo salieran, ella del baño, y el sol del alcázar donde se solazaba en compañía de Tetis, pues Enriqueta pensaba, como el

BIBLIOTECA ALEJANDRINA